

como testimonio, en la que alude a los sentimientos de los habitantes del puerto de Gádir, quienes tienen algunos vicios "malsanos", pero los justifica, porque este griego no puede olvidar que ha pasado buenos días en el puerto. En *Los vascos ladrones*, Luciano pedirá en favor de los vascos que le han robado, porque para él la justicia debe ser educativa y no represiva, aunque crea que la crucifixión es un buen castigo, pues para eso se hizo, "pero no podemos matar a todos los que no nos gustan, como hacen los bárbaros".

Muy a pesar de los pacifistas, se siguen provocando guerras y éstas se extienden a través de los siglos, y los vencedores siempre querrán más y más, sean bárbaros o no. "Toda civilización es una síntesis de la conquista de la vida por el hombre" dijo Paul Henry Láng. En *La marca de España*, Carlomagno abandona la empresa de conquistar a España, pues para él la costumbre de no subestimar a sus enemigos era el secreto de su gloria, y vivo sería más útil para la gloria de su dios. Aunque no fue sólo eso; fueron las palabras de un viejo prisionero árabe que le hizo la advertencia, y un sueño en el que se le cae la espada de la mano con la que había conseguido llenarse de gloria. Un héroe verdadero sabe cuándo emprender la partida.



Después de tanto tiempo de vivir en "pecado", viene alguien que nos descubre que trabajábamos en contra de nosotros. Como le sucedió al padre del poeta en *Los burladores*, por no hallarle un uso práctico a la poesía. A Luis Santángel en *El Converso*, por creer que pregonando falsa fidelidad a Jesucristo podía llevar a los sefardíes expulsados de España a la tierra prometida, de manos de Colón. Es la búsqueda de un

amigo verdadero, callar, recibir mensajes que ratifican que nos hemos equivocado, mensajes que van más allá de las miradas, que llegan al corazón.

Seguramente muchas de las contradicciones que llevan a los hombres a equivocarse, son generadas por las pasiones. Somos apasionados y, aunque queramos dominarnos a través de la razón, ésta no es tan sobornable como las personas. En el último cuento de este libro, *La venturosa pasión*, el narrador se debate a sí mismo entre la pasión y la razón, y cuando justifica la razón, dice: "Por esto, mi consejo a los médicos de las generaciones futuras es el siguiente: ¡estudiad filosofía, y dejad que la naturaleza obre!", lo hace apasionadamente, provocado por un dolor, que surge de su amistad. Es contradictorio, pero natural, pues estos personajes, aunque los pensamientos logren descifrar en su inmensidad las pasiones, no las saben manejar. Todo es cíclico. Siempre volvemos, es la marca de la diversidad. Para muchos de nosotros, es la marca de España.

ANTONIO ERICK ARELLANA BAUTISTA

Nuevos relatos

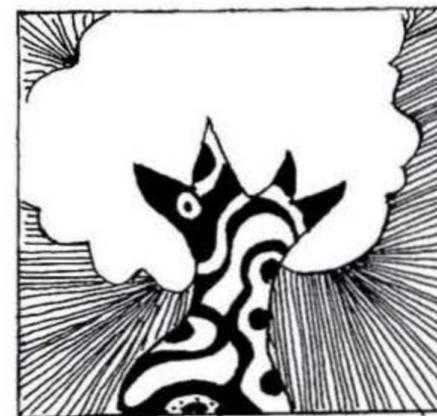
La marca de España

Enrique Serrano

Editorial Planeta-Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1997, 117 págs.

La concepción de este libro es ya una virtud. El desconocimiento o la malinterpretación de lo español es circunstancia recurrente en nuestros días, y un lector primario no se habrá acercado a ello más que a través de uno o dos textos de Germán Arciniegas. He leído el libro dos veces, procurando que la segunda lectura fuera más inocente que la primera. La lectura inocente advierte que *La marca de España* es fruto de una concepción madura, de un largo proceso alrededor del tema: uno que ha pasado acaso por la curiosidad devoradora, luego por la investigación fría y metódica, luego por la amistad y el

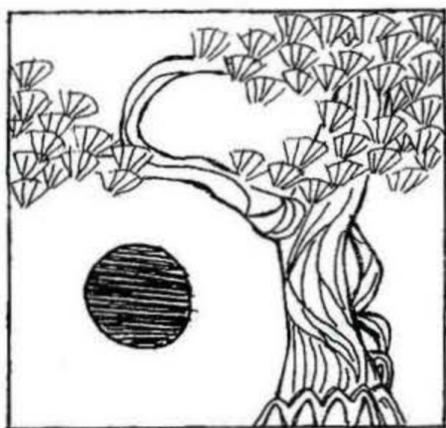
conocimiento. Su autor es dueño de una prosa fuerte pero pausada, que se defiende mejor con la prudencia que con la apuesta; que escoge los adjetivos con cuidado, evitando en lo posible sorprender al lector; que es sensible a las posibilidades estéticas de la puntuación. Decía Isaak Babel que no hay daga que penetre el corazón humano tan profundamente como un punto colocado a tiempo.



La primera lectura, aquella que mecánica e involuntariamente deshace el texto, examina sus mecanismos secretos y sus recursos privados, había encontrado los factores ya anotados, pero también otros: lo que golpea al lector, antes que nada, es la presencia ubicua de Borges. No digo que se trate necesariamente de la utilización del epíteto de estirpe épica ("sarracenos de limpios mantos") ni de los absolutos sentenciosos como arma retórica ("Todos los hombres se equivocan, pero hay algunos que jamás aciertan"; "Todo hombre ruin busca afanosamente una víctima en la cual desahogar sus culpas"), pero Borges, el maestro, es una figura pesada, asfixiante, que ha pasado seguramente por la prosa de muchos creadores nuevos, y que puede tornarse molesta y ya no ser bienvenida. Quizá la temperatura de los textos, el tono de uno u otro párrafo, causen esta impresión. Ignoro si habrá que buscar estas responsabilidades en lo general o en lo particular. Ello no es definitivo, sin embargo, porque ninguno de los recursos que Serrano toma, consciente o no de hacerlo, borra el hecho singular que se percibe: la lucha de un escritor con las palabras, la búsqueda de una voz propia. Todo el que lea *La marca de España* espera desde ya el próximo libro de su autor. Todo el que la lea sabe bien

que en estas páginas hay un escritor vivo y en proceso.

Las razones, más allá de los desaciertos del conjunto, son evidentes. Mencionaré primero el más grande de aquéllos: el cierre del libro con el relato menos logrado. ¿Por qué *La venturosa pasión*, un texto cuyo tema, el amor renunciado de Spinoza por una mujer casada, resulta tan prestante, fracasa en fin de cuentas? Siempre encuentro estas respuestas en los factores formales; quizá me equivoque, por eso mismo, a menudo; en *La venturosa pasión*, sin embargo, el lector sensible nota antes que nada la inseguridad del narrador en la escogencia de su propia voz: si en el resto del libro tenemos la impresión de que Serrano ha contado estos cuentos desde el día de su nacimiento, por el dominio, la distribución y la moldadura de la materia narrativa, en este último relato llega a pisar tierra movediza. Para Serrano, la tercera persona del singular parece no tener secretos; cuando utiliza la primera, amparado en una carta como recurso formal, lleva su empresa a cabo sin problema. Pero para la historia de Spinoza escoge la primera persona convencional, en la voz de un amigo del sujeto que habla a (1) lector (es). Y el tono falla. Quiere ser cotidiano, y resulta acartonado; quiere reducir la distancia retórica entre quien habla y quien escucha, y, al intentar la frase casual y la expresión espontánea, rompe el tono general, que no puede evitar las mismas características del narrador omnisciente.



Por lo demás, debo anotar que no es feliz la utilización de los signos de admiración (*La daga de Almanzor*, un relato magníficamente logrado, pierde por completo la fortuna que es un buen cierre por culpa de una frase admirativa,

sorda e inexplicable); y debo anotar que en *El día de la partida*, el relato sobre la muerte de Séneca, las costuras que unen dato histórico y corpus ficticio no son siempre invisibles, y eso puede romper la magia. La magia, a no dudarlo, está presente. Cuántos autores pasan su vida buscando dejar ese ingrediente esquivo en algunas de sus páginas. Serrano lo ha logrado en varias.

Sin duda, ello es fruto de una sensibilidad superior; pero, más definitivamente, del hecho de que el libro cuente con una poética. No diré que Serrano tiene una forma particular de percibir el mundo, porque esto varía de una obra a la siguiente; pero *La marca de España* sí tiene, como unidad, esa percepción singular que otorga un propósito estético, o histórico, o metafísico. Un autor precisa instinto para reconocer ese *momentum*, y, mediante los elementos de la ficción, fabricar el conflicto. El acierto está en que es el creador el que instala la humanidad en la circunstancia histórica, y lo hace con el recurso difícil de oponer al personaje a su propia historicidad. Es decir, el conflicto de Ibn Hazm, del gitano Mirza, de Luis de Santángel, tesoro de los reyes católicos, proviene de su condición histórica: el poeta que cantará la caída de Córdoba, el visionario profeta cuya revelación tiene el nombre mismo de las tierras de España, el judío converso que ansía redimir a su estirpe entera instalada en la cruel inquisición. No se trata de seres anónimos, sino con identidad histórica; su conflicto es dado por el devenir (de un pueblo, de una raza, de una religión); pero el conflicto desciende al individuo, y se toma verosímil, necesario, revelador del poder de la *marca*, que es a la vez el territorio formado por Carlomagno y el hierro que señala a cada uno de los personajes, que son cada uno de los herederos de la hispanidad.

La visión de su tema es sólida, determinada, sin fisuras propias de un debut literario. Es novedosa, sí, pero no es eso lo que importa: lo que importa es que Serrano ha masticado largamente sus objetos. Pienso en un gran lector de la hispanidad, Juan Goytisolo. Goytisolo se burla de Séneca; se acerca también a Ibn Hazm, pero de manera radicalmente distinta; reclama también el territorio de la tolerancia, ansía

también el repliegue de las fuerzas siniestras de la religión. Pero su horizonte es la maravillosa, la deliciosa, la imprescindible destrucción de sus raíces. El libro de Serrano toma el camino en el sentido opuesto: hacia la reconstrucción, la reincorporación. ¿Por qué ambas visiones, y todas las demás que existen y que hayan de venir, pueden subsistir? Porque han trascendido el artículo histórico para convertir la circunstancia histórica en conflicto de individuos. Más allá de sus inconsistencias, eso lo ha logrado *La marca de España*.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

“Instalado con sus reiteraciones en el derruido silencio”

Quiero es cantar

Roberto Burgos Cantor

Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1998, 175 págs.

En una entrevista en el Magazín Dominical de El Espectador del 5 de agosto de 1990, Roberto Burgos decía, en relación con la falta de interés de las editoriales en publicar libros de cuento o poesía: “El cuento, por la singularidad que preside su factura, por su orden cerrado y perfecto, por la atmósfera sin grietas, por la intensidad conmovedora, por la lealtad con el lector desde la primera palabra, es tal vez el pariente mejor avenida y de relación más feliz con la poesía de las promiscuas familias de la literatura. Es probable que algunos lectores hayan mordido la trampa que les tendió la industria torpe y el lector de aeropuerto. O sea, considerar al cuento como un entrenamiento para la novela. Y entonces se tiraron todo porque el cuento requiere de un rigor que no admite el menor descuido. El que espabila pierde”.

Se podría entender entonces que Burgos considera al cuento como una obra exigente con el escritor, en la medida en que éste debe desempeñar el